

Para Nuria
que es tanto como decir
para Lourdes.

RAZONES PARA EMPEZAR

Yo quería hablar del abuelo. El abuelo había dejado cuatrocientas libras en el banco anglo-palestino y enterrado junto a la casa una fortuna para evitar el saqueo de las tropas judías. El abuelo, intuía, estaba en el origen de todo, y esta historia de alguna manera tenía que comenzar en él.

Ahora bien, cada una de mis preguntas provocaban en Momo una desconfianza creciente. Solo al escuchar las conversaciones grabadas, descubro que si Momo desconocía o no recordaba algún dato, lo silenciaba por muy insignificantes que fueran las consecuencias de imaginar o intuir. Evitaba de manera obsesiva la invención incluso cuando todo era beneficio para la consistencia de su historia y ninguna la posibilidad de descubrir el engaño. Diré más, la incertidumbre le daba miedo, la contradicción lo irritaba, y con cierta frecuencia la charla derivaba hacia un ataque de soberbia o caía en un numerito de cabeza gacha y sarcasmos que encallaban el flujo de la conversación.

Resultaba agotador. A cada pregunta le seguía siempre un porqué y un para qué de vuelta. Y a fin de disuadirlo para que siguiera adelante y me dejara a mí la toma de decisiones, me inventaba extravagantes recursos de escritor. Le decía –qué sé yo– que en la imperfección de los recuerdos surge siempre lo más interesante de la literatura; que esa literatura no es más que un truco de magia, o que las contradicciones son necesarias para hacer partícipe al lector. Clichés, vaguedades,

palabrería de vendedor de crecepelos con la que buscaba no sentirme tan vulnerable. La estrategia, para mi sorpresa, solía dar resultado y servía para que Momo recuperara la calma y el gusto por ser escuchado.

Había conocido a Momo nueve meses antes, durante una boda en la Casa de los Geranios de Múnich. Yo había salido al jardín a descansar y a evitar ser presa de alguna conga espontánea. A lo lejos discutía una pareja. Un grupo de chicas se descalzaba y dejaba sus zapatos de tacón sobre la hierba. Dos niños jugaban al pillapilla –o a su variante alemana–.

Ese fue el momento en que apareció Mohammad. Me sonrió. Enseguida entendí que a Mohammad tampoco le gustaba bailar. Los no bailarines nos reconocemos antes de que suene un acorde: esa mirada de aprensión, esa forma de rebuscarse los bolsillos, de comprobar segunderos, de remover los hielos en el vaso. Mohammad era el único que había venido a la boda sin corbata y de algún modo que se me escapaba había conseguido ser uno de los invitados más elegantes con su chaleco ceñido y su sombrero a lo Humphrey Bogart. El cigarrillo y el *gin-tonic* ayudaban a la analogía.

Me han dicho que eres escritor.

Mierda, pensé, ahora vendrá la terna de preguntas tan inocentes como indeseables: ¿de qué van tus libros?, ¿cuántos has vendido?, ¿están en inglés? Me buscará en Google. Me planteará hipótesis equivocadas. Me ofrecerá temáticas y argumentos para escribir.

Era el último tema del que me gustaría hablar. Hacía ya unas semanas me había hecho la firme promesa de dejar de escribir. Hasta entonces escribir siempre había sido un proceso involuntario, casi instintivo, pero después de un tiempo atrapado por mis limitaciones había descubierto que la emoción y las ganas por contar historias se habían ido. La decisión, además, me había procurado cierto sosiego: rendirse, recuperar la frecuencia cardíaca del corredor en reposo, la lectura, el pensamiento tan vilamatiano de que tal vez podría ser escritor si me propusiera escribir.

Mis dos mejores amigos también son escritores, añadió Mohammad antes de que tuviera tiempo de responder algo; poetas. Y me enseñó en el teléfono móvil unos versos en árabe. Las grafías eran olas, insectos en miniatura, patitas de pájaro sobre la arena.

Mohammad leyó el poema y al terminar pude comprobar que estaba tan borracho y emocionado como aparentaba. Sin entender una sola palabra, a mí también me había conmovido.

Por cierto, dijo, me llamo Momo.

Hacía horas que quería hablar con Momo. Aunque los dos estábamos sentados a la mesa de los angloparlantes-no-germanoparlantes, la boda había sido un suceder de actividades y discursos que no habían dejado tiempo para nada más. Antes de ir a Múnich me habían contado que Momo tuvo que huir de Siria al comenzar la guerra civil, que ahora vivía en el sur de Suecia y que su familia era de origen palestino; datos

que abrían demasiados interrogantes para alguien en una búsqueda continua de historias gratuitas.

La brisa que llegaba de los canales del Nymphenburg rompía la canícula estival y hacía que uno se inclinase hacia la melancolía propia de las noches de agosto. El mundo parecía una habitación gigantesca y ventilada. Momo bebía a sorbitos, con esos ojos extraviados que pronto me serían tan familiares. Hablaba de poetas árabes, de poetas palestinos que iban a salvar el mundo y de poetas sirios que decían la verdad. Al poco rato la novia de Momo se acercó. Parecía salida de un manga japonés, con ojos maníacamente redondos y las mejillas altas y sanguíneas. Traía un enorme sombrero de Leprechaun y una sonrisa desmedida, como si a su boca le faltase carne para descender y cerrarse. De inmediato me cayó simpática.

Vete, mujer, le dijo Momo con una seriedad fatigosa, ¿es que no ves que los hombres están hablando? Casi no pudo terminar la frase y ya los dos estaban riendo. Ebba se sentó en las piernas de Momo y le besó la frente. Soy árabe, me dijo Momo al ver mi mirada de espanto, en los países árabes tratamos así a las mujeres, y levantó el vaso para lanzar un brindis por *the shitty Europe*.

Ebba me aclaró que Momo acababa de recibir la ciudadanía sueca y que era el primer viaje que hacía con su nuevo pasaporte. Quitándose la palabra el uno al otro, me contaron que desde el 11 de septiembre de 2001 —y especialmente desde que el Estado Islámico se convirtió en la mayor amenaza para Occidente—, esta era la primera vez que Momo tomaba un avión sin tener que pasar varios minutos contestando preguntas de la policía de frontera; que desde que salió de Siria se

acostumbró a ir a los aeropuertos con varias horas de antelación por lo que pudieran alargarse los interrogatorios; y que con frecuencia era el mismo Momo el que nada más mostrar su documento de viaje sirio para refugiados palestinos miraba a los policías y les indicaba la puerta de la sala de pesquisas: Entramos, ¿verdad?

Animados por mi interés, Momo y Ebba comenzaron a desplegar todo su anecdotario y poco a poco pude ir colocando algunas piezas de sus vidas. Así descubrí que Momo estudió Derecho en la Universidad de Damasco y que en Suecia el título no había recibido convalidación alguna a pesar de que, según él, la educación en Siria es mucho más dura que en Europa –es lo habitual, dijo, médicos que trabajan en pizzerías y profesores universitarios reconvertidos en paseadores de perros–. Hacía unas semanas que había terminado el *Degree* en *Migration* en la Universidad de Malmö y mientras buscaba un empleo relacionado con sus estudios trabajaba en residencias de ancianos y centros de menores para inmigrantes.

Desde niño he querido ser juez, dijo Momo para concluir, pero es un sueño que nunca podré cumplir, me gusta el Derecho igual que a ti escribir.

Nada de eso, me apresuré a decir entre risas, a mí no me gusta escribir, pero si no lo hago, me siento... mal.

Ya veo, dijo Momo con la mirada perdida, escribir duele, pero no escribir duele más. Mi amigo Amid siempre decía que un talento es también una cárcel.

A fin de alejar de mí la conversación, le pregunté por su familia, si estaban en Suecia o permanecían en Siria. Momo contó que en Siria ya casi no tenía a nadie, solo familia lejana. ¿Amigos? Alguno, una exnovia en Damasco que acaba de

casarse y tener una niña, pero solo me escribe para decirme lo maravillosa que es su vida; casi todos mis amigos están en Italia, Qatar o Dinamarca.

Vaya, tío, es una pena todo lo que ha pasado en tu país, ¿crees que regresarás algún día cuando terminé toda esa mierda?, es decir, gane quien gane habrá un país que reconstruir lleno de oportunidades.

Momo empezó a reír de la manera en la que solo ríen los borrachos y los locos. Llamó a voces a su novia que en ese momento regresaba al baile con unas bandas de espumillón en la cabeza y los zapatos de tacón en la mano. ¡Ebba, este tío me pregunta si volveré a Siria cuando acabe la guerra! Aunque parecía fisiológicamente imposible, Ebba abrió aún más los ojos y se unió a las risas.

Fue entonces cuando, con la voz pastosa y los ojos a medio cerrar, Momo pronunció la sentencia que puso todo en movimiento: No, tío, si vuelvo a Siria me matarán.

En su defensa diré que la idea había sido mía. Era yo el que había insistido en viajar a Suecia para que me contara sin teléfonos, mensajes ni largas esperas de por medio su historia. Una gran historia de superación, según dejaba entrever Momo con un punto de vanidad en la sonrisa. Sin embargo, cualquier pregunta que saliera de una órbita de pocos años para introducirse en la guerra de Siria se la tomaba como una amenaza, como un interrogatorio lleno de intenciones ocultas.

Sé que varias noches se fue a casa con la idea de poner fin a nuestro pacto después de que yo insistiera en cuestio-

nar sus decisiones o en reabrir caminos que él daba por zanjados. Cuando eso ocurría, yo me iba a la cama culposo y lleno de dudas, sin entender qué hacía allí o a quién trataba de engañar. Y así fue hasta que conseguí persuadirlo con el argumento de que omitir ideas o seleccionar solo ciertos pasajes de su conveniencia era también una mentira, otra forma de ficción. Atrapado en su propia paradoja, aquella noche Momo se mostró arrogante y burlón, casi dispuesto a salir de mi apartamento con un portazo. No lo hizo, y de ese modo fue como supe que por mucho que condenara la tarea y negara su interés, había algo que lo impulsaba a seguir adelante, a contar lo que no quería contar.

A partir de entonces mi trabajo consistió en hacerle más grata la tarea; en descubrirle el gusto por contar y ser contado. Le dejaba hablar sin interrumpirlo durante horas y ni siquiera trataba de rellenar sus silencios con acotaciones o preguntas. Le decía, no te preocupes, habla, todas las vidas son incómodas, sucias y obstinadas, tú habla. Y así avanzamos, a tientas, entre frondosidades y zarzas. Y Momo se dejaba guiar, seguro de que yo conocía el camino.

Pero había –tengo que decirlo– otros momentos en los que yo tampoco me atrevía a continuar a oscuras. Por ejemplo, al acercarse a la sola idea de sus días en prisión, Momo me ordenaba apagar la grabadora y pasaba a comentar la próxima Eurocopa de fútbol. Cuando esto ocurría yo no encontraba el modo de sacarlo del caparazón, de explicar o, quizá, de disculpar mis propósitos. ¿Qué podía

decirle? Yo nunca me he visto en la necesidad de responder preguntas en las que el más mínimo titubeo o confusión pudiera afectar de manera definitiva mi vida o la de mi familia. A mí me interesaba abordar raíces y genealogías para tener un ancla a tierra que me liberara del mareo de comenzar un nuevo libro —yo también tenía mis miedos—. Esa ancla tenía que ser su familia y, en concreto, el abuelo. Al menos eso creía yo, y el capricho que suscita lo prohibido avivaba esta creencia.

Pero Momo parecía haber resuelto de antemano los términos de un inexistente contrato y desde nuestra primera conversación fue evidente que el relato de su abuelo no entraba en cláusula alguna. No tardaría en descubrir que con su propia vida Momo había establecido los mismos límites y cada vez que se acercaba a esos límites hacía una pausa, bebía un sorbo de lo que tuviera a mano y enumeraba una vez más todo su repertorio de porqués. No entiendo por qué necesitas saber eso, me decía con intenciones de terminar con todo. Y yo no sabía cómo explicarle que tal vez lo necesitaba o tal vez no.

Tuve por primera vez noticia del abuelo en un breve intercambio de mensajes por Facebook. Antes de viajar a Suecia para comenzar las entrevistas sobre la experiencia de Momo en las revueltas de la Primavera Árabe en Siria, las torturas que sufrió en prisión y su posterior huida del país, quería conocer algunos detalles sobre su infancia y su familia que pudieran servirme una vez avanzara en la escritura. Momo se limitó a puntualizar edad y profesión de sus parientes más directos.

De su abuelo, un hombre al que a pesar de haber visto en una fotografía siempre imaginaré alto, huesudo y con bastón –lo que demuestra, Momo, date cuenta, la fuerza de un recuerdo frente a la verdad–, Momo me contó que escapó junto a toda su familia de Palestina en 1948 y que al poco de llegar a Damasco se alistó en las Fuerzas Armadas Sirias para luchar en la siempre inminente guerra contra Israel.

No suelo ser muy avisado captando revelaciones, pero recuerdo que fue en ese momento cuando se me ocurrió que tal vez el abuelo podía ser el hilo que liberara la madeja. 1948 es en verdad un año terrible en la historia de Palestina. Corresponde con la Nakba, «Catástrofe» o «Desastre», nombre que se le dio al éxodo de la población árabe, tanto cristiana como musulmana, tras la formación del Estado de Israel solo seis horas antes de concluir el Mandato Británico de Palestina. Animado por el descubrimiento, le pedí más detalles.

Momo tardó varios días en responder, tiempo que dediqué a documentarme sobre la Nakba y sus consecuencias, y cuando por fin lo hizo solo añadió que para saber más tendríamos que hablar con su padre pues lo único que él conocía sobre la juventud de su abuelo es que pasó muchos años en Rusia y Checoslovaquia trabajando de mecánico en tanques viejos y machacados de la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo la imagen que me llegó al leerlo: un muchachito delgado y sucio como una cerilla quemada, discutiendo en ruso sobre mecánica, engrasado como un masái y bebiendo vodka sin etiquetar con camaradas y compañeros de fatiga. Una imagen sin duda equivocada, como equivocado es cualquier presentimiento fácil, pero con la fuerza suficiente para interesarme por ella.

Aún más que esa historia de tanques y fríos siberianos, lo que despertó mi atención fue que Momo hubiera pasado por alto hasta entonces sus orígenes palestinos –tierra que nunca ha pisado, pero que reconoce como propia–, y en concreto el modo en el que su abuelo llegó a Siria desde el norte de Palestina expulsado por los mismos hombres que fueron a salvar a toda su aldea.

Fue, al conocer estas referencias familiares, cuando por primera vez pensé en la idea del doble exilio, en la doble e irreversible huida que de repente une a abuelo y nieto en la desposesión. Ahí podría estar la historia:

Un viaje de Palestina a Siria, de Siria a Suecia, dos guerras, tres países y cuatro generaciones.